

ESPAÑA

20 AÑOS DE UN ATENTADO DE ETA

EDUARDO MADINA Expolítico del PSOE y víctima del terrorismo

“El desgarró de un atentado es tan brutal que el lenguaje no llega”

MÓNICA CEBERIO BELAZA, Madrid 19 de febrero de 2002. Las imágenes muestran un coche convertido en un amasijo de hierros del que cuesta pensar que saliera alguien vivo. Pero salió. Se llamaba Eduardo Madina. Era un joven de 26 años que trabajaba, estudiaba, jugaba al voleibol y participaba en política como miembro de las Juventudes Socialistas de Euzkadi. No era conocido, no llevaba escolta y resultaba un blanco fácil para una ETA desatada en unos años (2000-2002) en los que sobrepasaba sus propios límites del terror casi con cada atentado. Fue la traca final de la desgraciada tesis de la socialización del sufrimiento, que llevó a ETA a asesinar a cualquiera que planteara una forma de pensar y de vivir con la que ellos no estuvieran de acuerdo. Faltaban nueve años para que anunciara que dejaba de matar.

A Madina le amputaron parte de la pierna izquierda. Dejó claro a ETA, en una emocionante declaración pública, que no iba a marcar su vida: “Tengo el corazón templado y emocionado, no siento odio y quiero decir bien alto que, tras las bombas y las lágrimas, los jóvenes socialistas vascos seguimos luchando”. Se centró en la rehabilitación para seguir adelante. Entró en política de forma mucho más intensa. Fue diputado nacional dos años después del atentado e intentó llegar a secretario general del PSOE en 2014. Perdió. En 2017 abandonó la política. Ahora trabaja en la consultora Harmon y colabora con medios de comunicación.

Pero en esta entrevista regresa al pasado, a aquel día en el que ETA le cambió la vida para siempre; a los años en que “los entierros eran tan frecuentes como la lluvia”. Eduardo Madina (Bilbao, 46 años) es una de las pocas personas que ha sobrevivido a un coche bomba. Su experiencia vital muestra un asombroso recorrido de entereza y de obstinación por apartar de sí cualquier tentación autocompasiva; de empeño en que no se le perciba como una víctima. O, al menos, no solo como una víctima. Su historia personal contiene toda la historia de las últimas décadas del País Vasco, marcada a fuego por el terrorismo de ETA. En medio del camino de la vida, se encontró en una selva oscura. Pero salió de ella.

Pregunta. Se cumplen 20 años de su atentado. ¿Por qué es importante esta entrevista, hablar de algo ocurrido hace tanto tiempo?

Respuesta. Los hechos del pasado tienen poder pedagógico. Los grandes abismos europeos del siglo XX protegen hoy la historia de Alemania y la historia de Europa, y también la nuestra. Es muy importante que nunca más ninguna idea valga más que una vida. Hace no tanto, la mitad de la dirección de EL PAÍS estaba amenazada por ETA, igual que la dirección de mi partido, igual



Eduardo Madina, en su casa de Madrid, el martes. / GORKA LEJARCEGI

que el Parlamento. La memoria es importante. No para pasar facturas a nadie, sino para que los países se sujeten. Igual no sirve de nada, pero al menos vamos a intentarlo.

P. Vayamos entonces a ese 19 de febrero de 2002.

R. Es un día normal, me levanto normal, un martes normal, voy a la cocina, desayuno, me visto, salgo de casa tarde, diluvia. He dicho muchas veces que llueve, pero diluvia. No miro debajo del coche. Arranco y recorro el camino desde mi casa, en la parte alta de Deusto, hasta Sestao. Y cuando estoy a unos 300 metros de la empresa en la que trabajo, el coche explota. Tal cual.

P. ¿Qué siente?

R. Nada. En cuanto a impacto físico, nada. Es tan brutal que no notas nada. Inmediatamente me doy cuenta de que es un atentado de ETA. Abro la puerta, salgo del

coche y veo las heridas, sobre todo en la pierna izquierda. Me tumbó en el suelo. Llega un hombre de otro coche, le doy el móvil y le digo “toma, es un atentado de ETA”. La ambulancia llega relativamente rápido y me lleva al Hospital de Cruces; casualmente, donde yo había nacido. Fue todo bastante impresionante. Un desgarró brutal que el lenguaje no alcanza a describir. Da igual lo que digas. Las palabras llegan mal, muy mal. Todo se queda corto.

P. ¿Cómo fue el despertar en la UCI?

R. Rodeado de pantallas, tubos y ruidos. Todo drogado, con muchos calmantes. Un despertar químico, muy raro. Había un doctor; luego vino todo el equipo médico. Los días que estuve allí fueron momentos muy importantes, porque ahí decides dónde vas a colocar el trípode desde el que enfocar tu vida a partir de ese momen-

to. Vi todo con una lucidez que no he vuelto a tener. Supe que había que mirar hacia adelante, que no había que tropezarse en repasar un día que no tenía arreglo. Decidí que el futuro iba a ser mío y no de ETA. Al principio lloré y grité, pero sabía que estaba en riesgo y quería salvarme. Salvarme en un sentido amplio de lo que significa la vida. Y para eso había deberes que hacer: curarse, reiniciarse, adaptarse, empezar algo que iba a ser totalmente distinto.

P. ¿Qué supuso para su familia, para su madre?

R. No puedo imaginar su dolor, pero a mí me ayudó de manera clave y determinante verla bien, verla conmigo. Era una mujer increíble.

P. ¿Cuándo empieza a ser consciente de que su vida iba a cambiar para siempre?

R. Me llamó la atención que cuando la gente venía a visitarme

al hospital, entraban en la habitación blancos. Todos. Yo pensaba que era por la impresión de verme, por el atentado, pero no era solo eso. Para entrar habían pasado por delante de dos policías encapuchados y armados que custodiaban la habitación por si ETA decidía rematar lo que había empezado. Eso me impresionó mucho. Luego me dijeron que no podía seguir viviendo en casa de mis padres; que era mejor ir a alguno de los pisos que me ofrecían con buenas condiciones de seguridad. Por supuesto, iría escoltado. Natalia, mi novia en ese momento [Natalia Rojo, de las Juventudes Socialistas entonces, y diputada autonómica de 2005 a 2020], se vino conmigo. Yo creo que ella sintió esa especie de responsabilidad, pero el peso que nos cayó encima fue brutal.

P. ¿Cómo fueron esos meses?

R. Muy agradables. Estaban los dolores físicos, la vuelta a una vida que ya no era igual. Y la realidad de ETA continuaba incluso mientras yo estaba en el hospital. En esos días asesinaron a un concejal socialista, Juan Priede, e intentaron matar a una mujer maravillosa que luego he conocido y querido mucho, que en aquellos momentos era concejal en Portugalete, Esther Cabezu. Yo me centré en recuperarme. Iba todos los días al hospital, al gimnasio, a rehabilitación, para volver a andar y curarme bien de todas las heridas. A la vez, me implicó mucho en las Juventudes Socialistas. Y tuve que aprender a explicar mi vida sin el deporte, al que había dedicado gran parte de mi tiempo desde los 13 años. Esa parte de mi identidad, muy importante para mí, desapareció por completo y para siempre. Fue la gestión de un gran shock vital. Ese sería un buen titular para aquellos días.

P. ¿Cómo manejó el miedo?

R. No lo vi venir en los días de hospital, pero tuve mucho miedo después del atentado. Pensaba en ello una y otra vez. Soñaba con ello. Hablaba con los escoltas. Estaba convencido de que ETA iba a volver. Fue un fenómeno psicológico tremendamente complicado de gestionar, muy agotador, que duró más de un año.

P. Nunca pidió ayuda psicológica. ¿Por qué?

R. La verdad es que no sé por qué no lo hice. No paré quieto. Llené el día a día de cosas para tener pocos huecos. Y en noviembre me fui a vivir a Bruselas. Empecé a trabajar ahí, en un mundo nuevo, en un idioma distinto.

P. ¿Necesitaba salir de Euzkadi?

R. No. Mi relación con Bilbao es una carta de amor completa, total y para siempre. Pero me hicieron ver que era bueno y lo vi. Y me vino increíblemente bien.

P. Su madre murió un mes después.

R. Ante las secuelas de un atentado, tienes capacidad de luchar, y de ti depende minimizar las consecuencias hasta el límite de lo que se pueda. Con la muerte de una madre es más difícil, porque no puedes hacer nada. De hecho, yo aspiro a no superarlo nunca. Es mi manera de que esté siempre conmigo.

P. ¿Cómo fue el proceso de afrontar todo lo ocurrido?

R. Muy lento, muy largo y muy difícil. Volver a vivir una vida más

20 AÑOS DE UN ATENTADO DE ETA

ESPAÑA



Madina en Ermua, en julio de 1997, en una protesta por el secuestro de Miguel Ángel Blanco. A la derecha, en un viaje durante sus años de universidad. Abajo, con el número 10, con el equipo de voleibol en el que jugó de 1989 a 2002. A la derecha, cuando fue elegido secretario general de las Juventudes Socialistas de Euskadi, en diciembre de 2002. / SANTOS CIRILO / ARCHIVO PERSONAL / EFE

o menos normal en Bruselas, luego aquí en Madrid o salir elegido diputado no lo solucionan. Despista incluso. Si una mañana tu coche explota y estás vivo de milagro, eso redefine todo, cambia las jerarquías. Pero ese proceso de reordenación dura muchos años. Son experiencias dolorosas, incomprensibles. Te sientes vulnerable, desnudo. Tienes que volver a aprender a vivir siendo dueño de tu propia vida para todo lo que esta tiene de bueno y de malo, y eso implica un esfuerzo enorme. Cuando llegan de nuevo las felicidades plenas empiezas a pensar que estás viviendo una vida normal.

P. ¿Cuándo llegaron esas felicidades plenas?

R. Años después. Hubo cosas preciosas por el camino, pero la más plena fue un niño que se llama Unax y que nació en 2009. Fue la felicidad más sorprendente y más increíble. De todas formas, lo que pasó hay que tenerlo bajo vigilancia siempre, porque si una pequeña pieza se descoloca puede desequilibrarlo todo y provocar males mayores.

P. ¿Qué supone tener un hijo para alguien que ha estado a punto de morir asesinado?

R. Siempre lo he visto en clave de normalidad, que es, además, el peso exacto que quiero poner sobre los hombros de Unax. No quiero proyectar nada. Pero es verdad que es una vida por los pelos. La mía y, por lo tanto, la suya. De todas formas, no lo pienso demasiado porque mi vida ha adquirido mucho de cotidiano y normal.

P. Siempre recuerda el funeral de Enrique Casas, al que acude con su padre en San Sebastián en 1984, como el momento en el que empieza a darse cuenta de que algo malo pasa en el lugar en el

que vive. A partir de ahí, ¿cómo procesa un niño vivir rodeado de atentados?

R. Tengo que agradecer a mi madre, a mi padre y a mis abuelos que en mi casa no había mensajes contradictorios. Se hablaba de la vergüenza que suponía ETA y de lo inaceptable que era que matara. En mi entorno familiar convergen un socialismo democrático con un nacionalismo de baja intensidad, moderado y muy volcado en el euskera, pero no independentista. Y con un punto en común: la vida humana es sagrada y hay que levantarse frente a la injusticia del asesinato terrorista. Yo lo agradezco, porque me colocó mejor en el mundo. No me soportaría a mí mismo si fuese un vasco de esos que nunca vio nada, que nunca escuchó nada, que nunca sintió nada.

P. Con 17 años se afilia a la agrupación socialista de Deusto. Estamos hablando de mediados de los años 90, con ETA matando sin pausa. La decisión de entrar es uno de esos momentos que definen una vida.

R. Decidí afiliarme porque mis padres me habían educado en unos valores cuyos contornos están en el ámbito de la socialdemocracia y me parecía que eran ideas que ayudaban a entender el mundo. Luego conocí a un grupo de gente en campamentos de verano que eran militantes de las Juventudes Socialistas. Uno de ellos, Mikel Torres, hoy alcalde de Portugalete y secretario general de Bizkaia. Me gustaba lo que hacían, que era básicamente interpretar el mundo con ideas que a mí me parecían las mejores y no callarse ante injusticias que para mí no eran muy difíciles de ver. Atentados terroristas, muchas de-

“Si una mañana tu coche explota y estás vivo de milagro, eso redefine todo”

“Tuve mucho miedo después. Estaba convencido de que ETA iba a volver”

“Mucha gente en Euskadi nunca vio ni escuchó nada, nunca sintió nada”

signaldades sociales, una etapa de dureza por la desindustrialización, un paro desenfrenado, la heroína disparada.

P. Afiliarse al PSOE suponía colocarse en el lado incómodo.

R. Bueno, es que vivir bien en Euskadi era haber elegido mal. Porque cuando están matando indiscriminadamente, que quien asesina no te vea como un obstáculo está mal. Y, si te ve, es difícil vivir cómodamente. Yo seguramente entré a formar parte de algo incómodo, pero correcto. No cambiaria esa decisión.

P. ¿Cómo era Euskadi entonces?

R. Euskadi, o por lo menos Bilbao, estaba en un gran proceso de cambio, abriendo una nueva era alrededor de la reconversión de la ría del Nervión y del Museo Guggenheim, una apertura hacia el futuro. Pero ETA actuó con una dureza brutal con su teoría de la socialización del sufrimiento, que

era una reelaboración del fascismo llevada hasta límites bastante increíbles. Mi generación se dio de bruces con Ermua y el asesinato de Miguel Ángel Blanco. Los asesinados no eran ya altos políticos ni militares de Madrid, sino el que había ido contigo a clase, tu vecino, el que te vendía las chucherías por la mañana o el conductor de autobuses.

P. Ahí estaba ya en la universidad, que define como una época de felicidad.

R. Deusto era una especie de zona verde en aquella atmósfera. Y tuve mucha suerte con mis compañeros más cercanos. Empecé a colaborar con la dirección de las Juventudes Socialistas de Euskadi entonces.

P. ¿Cuándo empezó a ser consciente de que había un riesgo real y cercano?

R. Mi amigo Mikel Torres, al que había conocido con ocho años, un día llegó a la sede del PSE escoltado. Mi amigo Dani Díez, al que había conocido con 10 en una tienda de campaña, también. En 2000, 2001, empieza a ser muy evidente que se acercan y que tu entorno, tus amigos queridos, viven con protección. Ahí veo que estoy en el sitio correcto y que hay que hacer algo no sólo por ideas políticas abstractas, sino ya también por personas concretas.

P. Mucha gente miró para otro lado.

R. Mucha gente nunca vio nada, nunca sintió nada, nunca escuchó nada y no quiso que le vieran en la foto con los judíos. Esa indiferencia compone para mí el principal misterio de lo que pasó. El grupo mayoritario en toda esta película es el grupo de la indiferencia. Porque quienes mataban y aplaudían no eran más de 200.000, se-

gún se ha visto en los sucesivos procesos electorales. La sociedad vasca vivió muy cómoda en el “algo habrá hecho”, otorgándole a ETA una especie de capacidad justificatoria. Y durante años mucha gente no tuvo problema en vivir con un chaval de ETA en el tercero pero estaba muy incómoda con el agente de la Guardia Civil.

P. 20 de octubre de 2011. ETA anuncia el cese definitivo de la violencia.

R. Fue un día de muchísimas emociones, muy bonito. Prácticamente no pude dormir. Pasé la noche en blanco. Pensé mucho en todo lo que habíamos vivido allí, en la felicidad de ese día, en la gente que se había perdido. Y dediqué aún más tiempo a pensar en lo que venía. Íbamos a vivir sin escolta, a ver las calles llenas de mujeres y hombres libres, a poder hacer política en Euskadi con normalidad. Era muy emocionante imaginar cómo sería. Aquella noche, de pronto, era el primer día de una vida nueva.

P. ¿Qué conviene recordar y qué conviene olvidar?

R. Ese equilibrio no hace falta crearlo, porque el olvido sale solo. De los grandes acontecimientos de la historia ya hay mucho que hemos olvidado. La memoria es lo que hay que cuidar, custodiar y proteger. Incorporar a los estudios los hechos dolorosos de nuestro pasado. La gran mayoría de los niños y niñas vascos no saben quién fue Miguel Ángel Blanco. Por eso me metí en el libro *Todos los futuros perdidos* con Borja Sémper [Plaza y Janés, 2021]. Y por eso, a pesar de lo que me cuesta hablar de ello, he aceptado esta entrevista. Como un pequeño granito de arena en términos de memoria.